

**JARAN, François (2019). *La huella del pasado. Hacia una ontología de la realidad histórica*. Barcelona: Herder, 206 pp.**

La mesa aún sin recoger, los vasos a medio beber. Los restos que hacen suponer que la noche anterior hubo una cena en ese lugar. Los instrumentos prehistóricos de cacería en el museo de historia natural o las prendas de vestir esparcidas en el desierto de Chihuahua, comparten algo que los caracteriza como protagonistas de una historia en particular. Más allá de haber sido una herramienta o una *cosa cualquiera*, su carácter originario les viene en tanto pertenecientes a un pasado, y en el presente, nos cuentan una historia que irradia el sentido propio de la Historia; de la realidad histórica.

En el presente libro, François Jaran (Montreal, 1976) expone de manera clara y exhaustiva aquello que pretende conceptualizar como *realidad histórica*. Mediante un amplio análisis de los tópicos centrales de pensadores de finales del siglo XIX como Rickert o Dilthey, así como de la filosofía contemporánea con Heidegger y Ricoeur. Acude a la posibilidad de cambiar la noción convencional de la historia como historiografía o ciencia objetiva, pues solo desde esta reformulación de conceptos y fundamentos, se puede iniciar la investigación que pretenda abordar la historia del ente que es histórico. Esta fundamentación de los conceptos de Historia y Realidad es necesaria para acceder a la tesis que pone en juego el sentido de todo el libro: la tesis heideggeriana de que la realidad histórica es decir; los entes que provienen del pasado y que conservan su estatus de otro tiempo que ya pasó, pero que siguen siendo en el presente de un modo particular, son históricos. Son producto o pertenecen al entorno mundano de un *Dasein* pasado que le dio sentido en su momento. Que la realidad histórica siempre es el entorno construido por el ente que es histórico. Dicho de otra manera, solo el *Dasein* irradia historicidad a su mundo. Frente a la réplica que

hace Paul Ricoeur de dicha tesis: existe un ente peculiar, que guarda en su efectividad de ser presente el pasado. Dicho objeto rompe con la temporalidad pues pertenece al pasado al mismo tiempo que el presente y su condición de cosa, echa por tierra la idea de que la historicidad es siempre una proyección o una construcción idealizada. La huella entendida en su carácter ontológico es la forma en la que el objeto histórico se nos da, y con ella se construye también la idea de realidad histórica.

El profesor e investigador de la Universidad Complutense de Madrid nos ofrece en este ensayo diversas posibilidades de apropiación. Pues, como texto especializado en la disciplina filosófica —de la línea de pensamiento hermenéutico, ontológico e histórico— pueden abordarlo los especialistas en el tema y encontrarán una amplia y rica problematización de los conceptos más complejos, así como su propuesta de interpretación con una gran claridad y análisis de las fuentes usadas. Por otro lado, para los que están iniciando en el estudio filosófico, el escrito es fácil de entender y nos brinda la oportunidad de recurrir a referencias que van desde las más básicas y generales en el ámbito filosófico hasta aquellas de pensadores especializados contemporáneos y de la tradición. Su composición en forma de ensayo consta de siete capítulos que, si bien giran en torno a un único tema, pueden aportar mucho de manera independiente. Para llevar mi comentario del libro de forma más sintética, dividiré el texto en dos partes: la primera que se ocupa de la idea de realidad histórica, la segunda trata del objeto histórico.

En la primera parte del ensayo, el objetivo del autor es llevar de manera transparente algunos conceptos y nociones de Rickert, Windelband y sobre todo Dilthey hacia una comprensión ontológica. Es

decir, probar la posibilidad de que el sentido re-vitalizado de la Historia pueda resistir esta interpretación radical.

En un inicio, el autor tematiza la posibilidad de asir el concepto de pasado y fijarlo en el ente. El pasado es lo que ya no es, pero también es lo sido que retorna o se conserva de alguna forma. ¿Cómo se conserva el pasado en las cosas o los entes del pasado en el presente? ¿De qué manera están los entes del pasado en la trama que entreteje la realidad actual?

Ante esta insuficiencia de la tradición para poder responder, Jaran acude a la diferenciación entre conceptos de naturaleza e historia que da Rickert, que reduce de manera más originaria como realidad. El concepto de realidad rickertiano conduce al autor a una estimación de tipo ontológica que lleva a la realidad histórica: la realidad individual, es decir, la de cada uno de nosotros que nos refiere a la prevalencia de una aprensión pre-científica. Es decir, no verificamos que se adecue el género con la realidad cada vez que experimentamos algo, sino que nuestra realidad se vivencia desde la experiencia individual.

Jaran conserva el sentido pre-científico rickertiano, pero prefiere no seguirse acompañando del filósofo neokantiano, pues trae consigo toda la carga del dualismo que plantea en la constitución de la realidad. El concepto de vivencia que extrae de Dilthey abona en la progresión del argumento. Dice el autor que con el concepto de vivencia se gana la eliminación de la dualidad y se ubica en un nuevo horizonte pre-científico en donde todas las formas de experiencia —psíquica o física— pueden ser agrupadas. Con la noción de vivencia, las ciencias del espíritu ofrecen la justificación del desarrollo vivencia-expresión-comprensión. Se trata de comprender lo vivido mediante la expresión.

Para acercarse a su objetivo de conceptualizar la realidad histórica, el autor tematiza la posibilidad de identificar el término percatación [*Innewerden*] con el griego

*Noéin*. Siguiendo el sentido diltheyano de *percatarse inmediatamente de las entidades simples*, puede acercarse a lo que Heidegger nombra como intuición hermenéutica, dando paso a una interpretación ontológica de la vivencia.

Para demostrar la historicidad del objeto, el autor tiene que hacer accesible antes la historicidad en general en el horizonte ya abierto de la vivencia como lugar donde puede darse la realidad de una forma más inmediata. Jaran conduce entonces su argumentación a la posibilidad de una caracterización ontológica de la Historia de acuerdo con Heidegger. La vía es mediante los conceptos que se han ganado con la instauración de la vivencia de Dilthey, pero también observa un fuerte impulso para las consideraciones ontológicas de esta, que obtiene del conde Yorck von Wartenburg. La Historia debe mantener su objeto de estudio como se da. Es decir, debe prevalecer la vivencia en tanto vivenciada, pues si se prescinde de partir de ella y procedemos de manera científica natural, sustrayendo de ella el sentido vivenciable, estaremos sustrayendo lo meramente histórico. Abreva pues, en la consideración de la vida fáctica con la que la filosofía heideggeriana se abre camino en el escenario universal.

La tradición es para el autor lo que Heidegger ofrece para vincularnos de manera más íntima con el sentido vivencial histórico. En la forma en la que el hombre o la comunidad vive sus costumbres, lleva a cabo sus usos y preserva o erradica los valores que regulan los comportamientos comunitarios, resuena el pasado como tradición. Las personas y las comunidades se mueven familiarmente en la tradición, la viven y ella constituye la esencia de la vivencia. En la tradición, que tiene sustento en lo pasado que se actualiza constantemente, podemos encontrar una relación genuina entre la vida fáctica y los acontecimientos pasados, no como algo abstraído de la vivencia, sino como algo real: como *realidad histórica*. La existencia

fáctica de la historia es el sentido de lo real. Para poder hablar entonces de una realidad histórica, necesitamos previamente considerar el ser que existe fácticamente: el *Dasein* fáctico que se abre camino hacia su propia historia y hacia la de los demás pone en una relación preeminente al *Dasein*, como vida fáctica que por tener una historicidad, la imprime en los objetos reales. No hay realidad histórica sin *Dasein* fáctico.

En la segunda parte del ensayo, François Jaran expone tres tipos de formas históricas que le llevan a postular la tesis de que la realidad histórica no precisa necesariamente del *Dasein*. *La antigüedad, la re-efectuación y la huella*.

Dialoga desde otra perspectiva con Heidegger, desde la ontología fundamental, que a su consideración regresa a una dualidad porque intentar captar la vida fáctica en tanto *Dasein* existente. Los caracteres existenciales que de modo trascendental, Heidegger analiza en la primera parte de *Ser y tiempo*, parcelan la posibilidad de asir la historicidad de éste de manera más originaria. Parcelan en tanto el *Dasein* que es ser-en-el-mundo, también es proyecto o comprensión. Según Jaran, debido a esta disección de la vivencia o experiencia fáctica de la vida, Heidegger no puede establecer una noción de realidad histórica sin que precise del *Dasein*.

Para argumentarlo, el autor recurre al ejemplo que da Heidegger de la antigüedad. El primer carácter que nombra el autor del objeto antiguo es su haber sido lo que ya no es, es decir; haber formado parte de un entramado respectivo, del cual el tiempo lo ha sacado y ya no responde a la utilidad para lo que fue hecho. Ha perdido su sentido de utilidad, se le ha extirpado mediante su desactualización, mediante la pérdida de su trama de respectividad, de su para qué. El mundo en el que era ya no es más. De esta primera definición del ente histórico como antigüedad, Heidegger conviene que el carácter histórico del ente intramundano, le viene porque fue, es en

un presente que ya no es, situado o entornado en el mundo que le otorgó historicidad por medio de un *Dasein* que pudo comprenderlo como algo en específico. Jaran pone en discusión esta primera tesis heideggeriana acerca del carácter del objeto histórico con la ayuda de la segunda descripción de este como re-efectuación que hace Robin G. Collingwood.

Mediante el concepto que ofrece Collingwood de la re-efectuación de la Historia, el autor aborda otra vez, desde una perspectiva de los estudios históricos, la posibilidad de captar la esencia del objeto histórico. Para Collingwood, la Historia se deriva de las pruebas que podemos encontrar del pasado. Por esto su contenido es ideal, en el sentido de que no es presente o es inactual. Las afirmaciones y tesis históricas no son solo especulaciones o son válidas solo en ciertas situaciones. Las tesis de la Historia se pueden corroborar y demostrar precisamente por su peculiar forma de ser la realidad histórica fundada en el pasado, es decir en algo ideal. Para poder ocurrir esto anterior, la historia se tiene que re-actualizar, re-efectuar cada vez. El contenido de la actividad histórica es pues su re-efectuación, y esto no podría ser a la manera que la ciencia determina sus objetos, sino por poder pensar lo que pensaba determinado sujeto o determinada comunidad. Para Collingwood, el historiador debe poder entrar en el pensamiento y poder llevarlo a cabo como se hizo en el pasado. Para Jaran, poder pensar como... puede entenderse de manera ontológica en cuanto comprensión. Los acontecimientos pasados que pueden actualizarse son los hechos meramente históricos para Collingwood, pero la sospecha de insuficiencia del concepto de re-efectuación es muy clara. La imposibilidad de pensar lo mismo que se pensó en el pasado es una premisa fundamental de la hermenéutica filosófica. No podemos pensar desde lo mismo para obtener el mismo pensamiento, sino que habría que pensar lo mismo

desde un lugar diferente para obtener otro pensamiento enriquecido.

De esta manera los objetos históricos son para Collingwood los pensamientos que tienen que ser actualizados cada vez que se piensan. La única tarea del historiador es la re-efectuación: no tiene que aceptar o hacer una valoración de esos objetos. La re-efectuación ocurre de manera tan común como el volver a leer algún concepto, comprenderlo y así echar a andar toda la subsiguiente serie de pensamientos que constituyen el sentido general de alguna tesis, argumento o sentir general de una persona, grupo social o espíritu de la época histórica en específico.

El tercer caso de objeto histórico el autor lo toma de Paul Ricoeur: la huella. Para construir la noción de objeto histórico, la huella rompe totalmente con la descripción que hace Heidegger y Collingwood. La huella es algo material que no puede abstraerse de su materialidad en cuanto la constituye. De acuerdo con Ricoeur —y más con Derridá—, la huella altera el presente, haciendo manifiesto el paso que ella contiene. Jaran pone de relieve el sentido doble de pertenencia simultánea a dos temporalidades y también su ineludible condición material. La intención de esclarecer su carácter histórico abonará por demás el enigma del objeto histórico y por lo tanto ganará una consideración ontológica de la realidad histórica. La huella está ahí, no pertenece totalmente a la trama entretejida de los útiles con los que andamos en torno, pero tiene su carácter de ser efectivo. Algo que está ahí y que rompe

esa trama, advierte que pertenece a otro momento, aunque pertenece a este mundo también. No necesita ser comprendida por alguna indicación previa, su estatus de ser presente la sostiene, su estatus de ser pasado la mistifica. ¿Cómo es posible que el pasado sea vigente y se actualice cada vez en un objeto?

Al contrario del documento o el monumento que están mediados por intenciones de manifestación, como la escritura, la huella no se da como una metáfora, viene inmediatamente dada con su presencia, de aquí su relevancia ontológica. No hay una mediación intencional. El peso de su efectividad, de su carácter de cosa que contiene el pasado, tira la idea de que todo objeto depende de un *Dasein* que le da su historicidad. Jaran se adueña del sentido ontológico de la huella para explicar el qué del objeto histórico. Conserva la tesis del *Dasein* histórico, pero pone en entredicho que los objetos sean totalmente dependientes de una proyección histórica. El problema de la realidad histórica es que el *Dasein* es-en-el-mundo, y en el mundo es entre los entes con diferentes formas de ser. La huella no entra en la descripción del ente a la mano o del ente ante los ojos. La huella carga el pasado, lo anuncia de forma tajante. Sin saber el qué o el cómo, el hombre la mira absorto, pero de alguna forma puede comprenderla. Comprende que es pasado efectivo, pero no puede por completo descifrar su enigma.

Renata Zamora